

Extinguida la condena, llamaron a Stepan al depósito, sacaron de un estante el vestido con que había entrado, y se lo devolvieron.

—¿A dónde iré?—dijo, mientras se vestía, al vigilante.

—Pues a casa.

—Ya no tengo casa. Es probable que tenga que salir a la carretera real, a robar a los transeuntes.

—Si robas, volverás a venir aquí.

—Sucederá lo que sucediere.

Salió Stepan. Y a pesar de lo que acababa de decir, emprendió el camino de su casa. No tenía a donde ir. Antes de llegar a su domicilio pidió albergue para la noche en una hostería que conocía, perteneciente a un burgués de Vladimir, hombre grueso y barrigudo. Éste conocía a Stepan. Era sabedor de que había estado preso, por desgracia, y le dejó pernoctar en su casa.

El hostelero era rico. Había raptado a la mujer de un labriego de las inmediaciones y vivía con ella. Dicha mujer era a la vez manceba y criada.

Stepan estaba enterado de todo esto. Sabía que aquel ricacho había ofendido a los campesinos, que aquella mala mujer había abandonado a su esposo y que ahora, bien vestida, sudorosa, sentada ante el samovar, servía también, por favor, el té a Stepan. No había hués-

pedes. Dejaron a Stepan dormir en la cocina. Después de arreglarlo todo, Matriona se retiró a su cuarto. Stepan se acostó sobre el calorífero; mas no podía dormirse y hacía crujir bajo él las teas que estaban puestas a secar encima del calorífero. No se le quitaba de la imaginación la gran barriga del hostelero, que sobresalía del cinturón de su blusa lavada y planchada varias veces. Acosábale la idea de abrir con un cuchillo aquel vientre y sacarle la grasa. Y lo mismo pensaba respecto de la mujer. Ahora se decía: «¡Llévelos el demonio! Mañana me iré»; ahora recordaba a Ivan Mironoff, y de nuevo pensaba en el blanco cuello de Matriona. «De matar, hay que matar a los dos». Oyóse el segundo canto del gallo. «De obrar, hay que obrar ahora mismo, de lo contrario va a ser de día».

La tarde anterior vió en donde estaban el cuchillo y el hacha. Bajó del calorífero; cogió el hacha y el cuchillo y salió de la cocina. Acto seguido, oyóse detras de la puerta el ruido del picaporte. Apareció el hostelero. Stepan no hizo lo que había decidido: no tuvo tiempo de usar el cuchillo; pero blandiendo el hacha, hirió en la cabeza al hostelero. El burgués se detuvo en el jambaje de la puerta; luego, cayó al suelo.

Stepan entró en el cuarto. Saltó Matriona, y en camisa, quedóse junto a la cama. Stepan la mató con la misma hacha.

Luego, encendió la vela, cogió el dinero de la caja y se fué.

XVI

En una población cabeza de partido, y en una morada aislada de toda vivienda, habitaba un anciano borracho, antiguo funcionario público, con sus dos hijas y su yerno. La hija casada bebía también, y llevaba muy mala vida. La hija mayor, María Semionovna, viuda, era una mujer de cincuenta años, flaca y arrugada, que los mantenía a todos. Tenía ésta una pensión de doscientos cincuenta rublos, y con ese dinero vivía toda la familia. María Semionovna era la única persona que trabajaba en la casa. Cuidaba al anciano padre, débil y borracho, y al hijo de su hermana; guisaba, lavaba la ropa blanca, y como sucede siempre, dejaban que ella se ocupase en todo; la injuriaban los otros, y hasta llegaba a pegarla su cuñado cuando estaba embriagado. María soportaba todo en silencio, resignada, y como también sucede

siempre, cuanto más podía hacer más hacía. Ayudaba a los pobres, se privaba de todo, daba sus ropas, cuidaba y socorría a los enfermos.

Una vez, el sastre del pueblo, que era cojo, vino a trabajar a casa de María Semionovna, para dar vuelta a la podiovka del anciano y cambiar de paño el abrigo de pieles de María Semionovna, abrigo que ella usaba para ir al mercado en invierno.

El sastre cojo era hombre muy listo y observador. Su profesión poníale en contacto con muchas gentes, y a causa de la cojera que le obligaba a estar siempre sentado, tenía propensión a meditar. Pasada la semana que estuvo trabajando en casa de María Semionovna, extrañábase mucho de su vida. Un día fué ella a lavar servilletas a la cocina, en donde él trabajaba, y empezó a hablarle de su vida. El sastre dijo que se había separado de su hermano porque éste le maltrataba.

—Cref salir ganando, y veo siempre la misma miseria.

—Preferible es no variar, y vivir como uno vive—dijo María Semionovna,—sí, vivir como uno vive.

—Te admiro, María Semionovna. Tú sola te encargas de todo, cuidas a todos, y veo que nada bueno tienes que agradecerles.

Nada contestó María Semionovna.

—Sin duda habrás leído en los libros que esto tiene recompensa en el otro mundo.

—Eso no lo sabemos; pero vale más vivir así.

—¿Dicen eso, los libros?

—Sí, eso dicen,—respondió María. Y cogiendo el Evangelio, le leyó el Sermón de la Montaña.

El sastre quedó pensativo, y, una vez pagado, volvió a su casa pensando en lo que viera en la de María Semionovna y en lo que ésta le había dicho y leído.

XVII

Piotr Nikolaievitch había variado mucho para con el pueblo, y el pueblo había sido tornado otro para con él. Antes de concluir el año, le habían talado veintisiete robles y prendido fuego a una troj que no estaba asegurada. Piotr Nikolaievitch se convenció de que era imposible vivir con aquellos campesinos.

Sucedió que los Livensoff buscaban entonces un intendente para su quinta, y el mariscal de la nobleza habló de Piotr Nikolaievitch, presentándolo como el mejor propietario del distrito. La pro-

piedad de los Livensoff era inmensa; pero no rentaba: todo lo aprovechaban los aldeanos. Piotr Nikolaievitch se encargó de ponerlo todo en orden y, después de arrendar su finca, marchó con su mujer a la lejana provincia de la cuenca del Volga.

Siempre gustaron a Piotr Nikolaievitch la legalidad y el orden, y menos nunca admitiría en aquella ocasión que tales campesinos, toscos y salvajes, pudiesen, en contra de la ley, monopolizar una propiedad que no les pertenecía. Alegrábase de poder darles una lección, y empezó a trabajar con ardor. Mandó encarcelar a un aldeano que había robado leña; castigó rudamente a otro por no haber apartado el carro en el camino ni haberse quitado la gorra. Respecto de algunos prados que los lugareños consideraban como de su pertenencia, les advirtió que, si conducían a ellos el ganado, se lo confiscaría.

Llegada la primavera, los aldeanos soltaron su ganado en los prados del amo, como lo efectuaban los años anteriores. Piotr Nikolaievitch reunió a sus criados y les ordenó que echasen el ganado al patio del propietario. Los aldeanos estaban trabajando en el campo, y los criados, a pesar de los gritos de las mujeres, apoderáronse del ganado.

Al volver de sus faenas, llegaron juntos los campesinos al patio del propietario y exigieron que les devolvieran su ganado. Piotr Nikolaievitch les salió al encuentro con la escopeta colgando del hombro (regresaba de la requisa), y les manifestó que no devolvería el ganado sino mediante el pago de cincuenta kopecks por animal astado y veinticinco kopecks por cordero. Protestaron los labriegos alegando que los prados eran suyos, que los poseían sus padres y abuelos, y que ninguna ley autorizaba a apoderarse del ganado ajeno.

—¡Devuélvenos el ganado, o te pesará! — exclamó un anciano, acercándose a Piotr Nikolaievitch.

—¿Qué es lo que me va a pesar?— preguntó éste, muy pálido, aproximándose al anciano.

—¡Danos el ganado, granuja! No nos obligues a pecar.

—¿Qué? — exclamó Piotr Nikolaievitch, y pegó al anciano en el rostro.

—¡No tienes derecho a pegar! ¡Amigos! ¡Cojamos el ganado por la fuerza!

Piotr Nikolaievitch quiso marcharse; mas no le dejaron salir. Intentó abrirse paso. Disparó la escopeta, matando a un aldeano. Siguió una confusión espantosa. Acosado por todas partes, a los cinco minutos fué arrojado al barranco el cuerpo aplastado de Piotr Nikolaievitch.

Los matadores fueron juzgados en consejo de guerra, y dos de ellos, condenados a la horca.

XVIII

El sastre era de una aldea del gobierno de Voroneja, en el distrito de Zenilansk. En dicha aldea, y por mil cien rublos, cinco labradores ricos tomaron alquiladas a un propietario ciento cinco deciatinas de una tierra buena y fértil, negra como la brea; y la subarrendaban a los aldeanos, a razón de diez y ocho rublos la deciatina a unos, y a otros a a razón de quince rublos; pero nunca por menos de doce rublos. De este modo obtenían buena ganancia. Los arrendadores se guardaban cinco deciatinas, que nada les costaban. Muerto uno de los cinco compañeros, los otros propusieron al sastre cojo que se uniese a ellos.

Cuando entre los alquiladores se trató de repartir el terreno, el sastre, que ya no bebía, declaró que había que distribuir a todos por igual y dar a cada subarrendatario lo que a él le correspondiera.

—¿Cómo?

—¿No somos cristianos? Eso queda para los señores; pero nosotros somos cristianos. Hay que obrar según la voluntad de Dios; tal es la ley de Cristo.

—¿En dónde existe semejante ley?

—En el libro del Evangelio. Venid el domingo a mi casa, que os lo leeré, y hablaremos.

El domingo no fueron todos a casa del sastre; mas acudieron tres, y él leyó.

Leyó cinco capítulos de San Mateo; luego empezó la discusión. Todos habían escuchado; pero el único que se asimiló el texto fué Ivan Tchonieff, y se lo asimiló de tal manera que empezó a proceder en todo conforme a la ley de Dios. También comenzó a vivir así su familia. Ivan renunció a toda tierra superflua, quedándose solamente con su parte. Y tanto a casa del sastre como a la de Ivan, empezaron a afluir gentes y a comprender, y, después de comprender, dejaban de fumar, de beber, de injuriarse, y ayudábanse unos a otros. Cesaron entonces de ir a la iglesia y entregaron al pope las imágenes. Así vivieron diez y siete familias, que formaban un conjunto de sesenta y cinco personas. Atemorizado, el pope avisó al arzobispo. Éste, después de reflexionar acerca de las medidas que po-

dían tomarse, decidió enviar a la aldea al Missail, antiguo capellán del liceo.

XIX

El arzobispo invitó a Missail a tomar asiento a su lado y le contó lo que acababa de suceder en su diócesis.

—Todo eso se debe a la ignorancia y la pobreza de espíritu. Tú eres un sabio, y cuento contigo. Ve, reune al pueblo y explícate ante todos.

—Si Vuestra Eminencia me da su bendición, procuraré cumplir mi cometido—dijo el padre Missail.

Agradábale la misión. Todo cuanto pudiese demostrar que él creía, le regocijaba, y, al exhortar a los demás, persuadíase sobre todo de que tenía fe.

—Procura tener buen resultado. Padezco mucho por mis fieles—dijo el arzobispo, cogiendo lentamente con sus manos blancas y llenas el vaso de té que le presentaba el sacristán.

—¿Por qué no hay más que una clase de dulce? Tráeme otra—dijo al sacristán.—Sí, me apena mucho, mucho—añadió, hablando de nuevo con Missail.

Missail estaba contento por demostrar

CIUDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA MUNICIPAL
"ALFONSO R. JES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

su celo. Pero, como no era rico, pidió el dinero necesario para gastos de viaje, y, temiendo la oposición del pueblo grosero, pidió también que el Gobernador pusiera a su disposición la policía local, en caso necesario. El arzobispo lo arregló todo, y Missail, después de preparar con el sacristán y la cocinera el equipaje y las provisiones necesarias para ir a aquel villorrio, salió para su punto de destino.

Al partir para semejante misión, experimentó Missail un sentimiento agradable: la conciencia de la importancia de su ministerio, y con ella desvaneciéronse las dudas que en su fe tenía, sintiéndose, por el contrario, convencido de su entera verdad.

Sus ideas estaban ocupadas, no en la esencia de la fe, pues la tomaba como axioma, sino en refutar las objeciones hechas a sus formas externas.

XX

El pope de la aldea y su mujer recibieron con gran pompa a Missail, y, al día siguiente de su llegada, reunieron al pueblo en la iglesia.

Missail, con sotana de seda nueva,

una cruz sobre el pecho y bien peinado, sentóse en el ambón, teniendo a su lado al pope y, algo más lejos a los diáconos y chantres. Cerca de las puertas laterales había agentes de policía. Los sectarios acudieron también con pellizas cortas y sucias. Después de entonar un Te Deum, Missail predicó un sermón en el que exhortaba a los disidentes a volver al seno de la madre Iglesia, amenazándolos con todos los padecimientos del infierno y prometiendo perdón completo a los que se arrepintieron. Los sectarios callaban. Cuando se empezó a interrogarlos, respondieron. Explicaron que se habían separado principalmente porque en la Iglesia se adoraban dioses de madera, fabricados con las manos, cuando, no sólo no habla de esto la Escritura, sino que las profecías dicen todo lo contrario. Al preguntar Missail a Tchonieff si era cierto que llamaban tablas a las santas imágenes, contestó Tchonieff: «Vuelve cualquiera de ellas, y tú mismo lo verás».

Cuando les preguntaron por qué no consultaban con el pope; respondieron que la Escritura dice: Habéis recibido gratuitamente, mientras que los popes no prestaban sus servicios sino a cambio de dinero. A cuantas tentativas hizo Missail de apoyarse en la Sagrada Escritura, Ivan y el sastre objetaron tran-

quilamente, pero con firmeza, basándose en la Escritura, la cual conocían muy bien.

Enfadóse Missail y amenazólos con el poder laico. A lo cual los sectarios respondieron que se ha dicho: Me han perseguido, y os perseguirán.

Así quedaron las cosas, y todo parecía que había de salir bien. Pero, el día siguiente, durante el día siguiente, durante la misa, habló Missail en su sermón de la maleficencia de los disidentes, a los cuales declaró acreedores a todo castigo; y, al salir de la iglesia, el pueblo empezó a decir que convendría una buena lección a los ateos, para que no volvieran a turbar las gentes. Y aquel día, en tanto que Missail almorzaba salmón y lavareto, en compañía del pope y de un inspector llegado de la capital, había en el pueblo una batalla. Los fieles ortodoxos habíanse reunido junto a la izba de Tchonieff y esperaban la salida de los sectarios para atacarlos. Había allí unos veinte sectarios, hombres y mujeres. El sermón de Missail, la aglomeración de los ortodoxos y sus amenazadoras palabras engendraron en los sectarios malos sentimientos que no tenían antes. Llegó la tarde. Era la hora de ir las mujeres a ordeñar las vacas. Los ortodoxos continuaban allí, esperando. Aventuróse a salir un mozo,

y le golpearon, obligándole a volver a la izba. Discutían la actitud que debían guardar, y no se ponían de acuerdo. El sastre decía que era menester sufrir y no defenderse. Tchonieff opinaba que si no oponían resistencia, serían muertos todos ellos, y, armándose del atizador, salió a la calle.

—¡Pues bien, según la ley de Moisés!— exclamó, y golpeando a los ortodoxos vació a uno de ellos un ojo. Los demás salieron de la izba y regresaron a sus casas. Tchonieff fué juzgado por su propaganda y por sacrilegio.

El padre Missail fué recompensado y nombrado archimandrita.

XXI

Dos años antes, del territorio de los Cosacos del Don vino a San Petersburgo, para seguir los cursos de la Universidad, una joven de tipo oriental, hermosa y gruesa, llamada Tourtchinova. Conoció en San Petersburgo al estudiante Turine, hijo de un juez municipal del gobierno de Simbirsk, y le amó. Mas no le amaba como aman generalmente las mujeres, con el deseo de ser su esposa y madre de sus hijos;

amábale como amigo, con un amor alimentado principalmente por el sentimiento de rebelión y odio, no sólo contra el estado de cosas existente, sino también contra los hombres que lo representaban, y sostenido asimismo por el sentimiento de su superioridad intelectual y moral sobre esos hombres.

Tourtchaninova era muy inteligente: aprendía con facilidad las materias enseñadas, sufría sus exámenes y además absorbía en gran cantidad los libros más modernos. Estaba segura de que no era su vocación dar a luz niños y criarlos (hasta miraba con repugnancia y desprecio semejante vocación), y de que su misión era destruir el orden existente que encadena las mejores fuerzas del pueblo, y dar a conocer a los hombres la nueva senda de la vida, que le era indicada por los más avanzados escritores europeos.

Gruesa, blanca, lozana, hermosa, con ojos negros, brillantes y una espesa trenza parda, despertaba en los hombres los sentimientos que ella no quería ni podía compartir, por lo muy absorta que estaba por su actividad agitadora y verbosa. No obstante, agradábale provocar tales sentimientos, y por esta razón, no descuidaba su físico, aunque tampoco rebuscaba mucho su tocado. Complacíale gustar y poder demostrar

que despreciaba realmente lo que tanto aprecian otras mujeres.

En sus opiniones relativas a los medios de lucha contra el orden existente, avanzaba más que la mayoría de sus compañeros y que su amigo Turine, y sostenía que, en esa lucha, todos los medios son buenos y pueden ser empleados, incluso el crimen.

Y sin embargo, esa misma revolucionaria, Catalina Tourtchaninova, era en el fondo del alma persona bonísima y muy cariñosa, que, a su conveniencia, su gusto y bienestar, prefería el bienestar, el gusto y la conveniencia de los demás, regocijándose sinceramente siempre que tenía ocasión de hacer algo agradable a un niño, a un anciano o a un animal.

Tourtchaninova veraneaba en un pueblo cabeza de partido, a orillas del Volga, en casa de una amiga que era maestra de escuela de aldea. Turine vivía en el mismo distrito con su padre. Los tres, con un médico de la jurisdicción, veíanse con frecuencia, trocaban libros, discutían y se sublevaban. La propiedad de los Turines era contigua a la granja de los Livensoffs, en la cual había entrado Piotr Nikolaievitch, en calidad de gerente. Tan pronto como éste empezó a restablecer allí el orden, el joven Turine, que veía en los aldeanos

nos de Livensoff el espíritu de independencia y la firme intención de defender sus derechos, interesóse por ellos, y fué a menudo a la aldea para hablarles, para desarrollarles la teoría del socialismo en general, y de la nacionalización de la tierra en particular.

Al acontecer el asesinato de Piotr Nikolaievitch y presentarse el tribunal militar, el grupo de revolucionarios de la cabeza del partido tuvo poderoso motivo para rebelarse y hablaba muy libremente. Ante el tribunal constaron las visitas de Turine a la aldea y sus conversaciones con los campesinos. Registráronle la casa; hallaron en ella algunos folletos revolucionarios, y el estudiante fué aprehendido y trasladado a San Petersburgo.

Tras él marchó Tourtchaninova, y fué a verle a la cárcel. Pero no le concedieron entrevistas con él más que los días de visita, y no pudo ver a Turine sino a través de los dos enrejados. Estas visitas aumentaron aún más su rebelión, que llegó al colmo después de una explicación con un arrogante oficial de gendarmes que se mostró dispuesto a ser indulgente en caso de que ella aceptase sus proposiciones. Esto llevó al último grado la indignación y la cólera de la joven contra las autoridades. Fué a ver al jefe de policía. Este, dijo lo

mismo que el oficial de gendarmes; que nada podía hacer sin orden del ministro. Catalina dirigió una instancia al ministro, solicitando una entrevista. Recibió una negativa. Entonces decidióse a cometer un acto de desesperación, y compró un revólver.

XXII

El ministro recibía a la hora de costumbre. Hablaba, por turno, con todos los visitantes, y llegó la vez a una bella joven que estaba de pie, con un papel en la mano izquierda. Al ver a la linda solicitante, asomó a los ojos del ministro una ligera llama, tierna, lúbrica; pero, recordando su situación, adoptó el ministro cierta gravedad.

—¿Qué desea usted?—preguntó, acercándose a ella. La mujer, sin contestar, sacó rápidamente de bajo la esclavina la mano armada de un revolver, y apuntando al pecho del ministro, disparó: mas erró el tiro.

El ministro quiso asirla del brazo. Ella lo rechazó y disparó por segunda vez. El ministro huyó, corriendo. Detuvieron a la joven. Ésta temblaba y no podía hablar; y de pronto, prorrumpió

en una carcajada histórica. El ministro no estaba ni siquiera herido.

La mujer era Tourtchaninova. Pusiéronla en prisión preventiva. El ministro recibió felicitaciones y pruebas de simpatía de los personajes más elevados y hasta del mismo emperador. Nombró una comisión encargada de descubrir el complot de que era consecuencia aquel atentado. Por supuesto, que no había complot alguno; pero los funcionarios de policía secreta y de seguridad dedicáronse escrupulosamente a buscar la trama del complot que no existía, ganando concienzudamente sus emolumentos, levantándose temprano, antes de amanecer, haciendo investigación tras investigación, escrutando libros y papeles, leyendo periódicos íntimos, cartas privadas, las cuales extractaban en buen papel, con magnífica letra, interrogando varias veces a Tourtchaninova, confrontando gentes con ella para averiguar los nombres de sus cómplices.

En el fondo de su alma, era buen hombre el ministro, y compadecía a aquella hermosa cosaca; pero pensaba que le incumbían pesados deberes de Estado y que los ejecutaría por difícil que fuere. Y cuando, un chambelán, antiguo compañero suyo, amigo de la familia de Turine, le encontró en un

baile de la corte e intercedió con él en favor de Turine y de Tourtchaninova, el ministro se encogió de hombros, tanto, que se arrugó la banda roja que le cruzaba el chaleco blanco, y dijo:

—Fuera mi mayor deseo dar libertad a esa desgraciada joven; pero, ya sabe usted, el deber...

Y entretanto, Tourtchaninova continuaba en la cárcel preventiva. A las veces, tranquila, hablaba a los compañeros, pegando contra el tabique; leía los libros que le daban, y con frecuencia, se desesperaba súbitamente, enfurecíase, golpeaba las paredes y profería gritos o reía a carcajadas.

XXIII

Al regresar un día de la tesorería, a donde fué a cobrar su pensión, María Semionovna, encontró a un maestro de escuela conocido suyo.

—¡Hola! María Semionovna: ¿ha cobrado usted?—gritóle al través de la calle, el maestro de escuela.

—Sí, he cobrado—respondió María Semionovna: lo justo para tapar huecos.

—¡Bah! Usted tiene mucho dinero; ta-

pará los huecos y aun le sobraré, —objetó el maestro, y después de saludarla, prosiguió su camino.

—Adiós— le dijo María Semionovna; y al tiempo que miraba al maestro, tropezó con un hombre de elevada estatura, largos brazos y faz severa. Y al llegar cerca de su casa, sorprendióle ver de nuevo a ese hombre de brazos largos. Él la vió entrar en su domicilio, permaneció parado un rato y luego, dando vuelta, se marchó.

María Semionovna estaba intranquila. Pero, cuando, al entrar en su morada, empezó a repartir las presentes que llevaba al viejo y a su sobrinito escrupuloso, Fedá, y así que hubo acariciado al perro, Tresorka, que ladraba de alegría, tranquilizóse de nuevo y, después, de entregar el dinero a su padre, se puso a trabajar, pues nunca le faltaba tarea.

El hombre a quien había visto era Stepan. Éste, al salir de la hostería en donde mató al propietario, no fué a la ciudad; y, cosa rara, no sólo no le desagradaba el recuerdo de su crimen, sino que, lo rememoraba adrede varias veces al día. Gustábale pensar en que lo cometió tan limpia y hábilmente que nadie lo sabría y que nadie le impediría hacer lo mismo con otros.

Sentado a la mesa en una posada, en

donde estaba tomando té, examinaba a las gentes, siempre con la misma idea: ¿cómo matarlas? Salió para pernoctar en casa de un carretero de su pueblo. El carretero no estaba en casa. Stepan dijo que le esperaría, y quedóse hablando con la mujer. Pero, como ésta se volviera hacia la estufa, ocurrióle la idea de matarla. Sorprendido él mismo, movió la cabeza; luego, sacó de la caña de la bota una navaja, derribó a la mujer y le cortó el cuello. Los niños gritaron. Stepan los mató, y se fué del pueblo sin dormir. Mas lejos, en una aldea, entró en un albergue y pasó en él la noche. Al día siguiente, fué otra vez a la capital del distrito, en donde oyó, en la calle, la conversación de María Semionovna con el maestro de escuela. Le turbó la mirada de la mujer. No obstante, decidió introducirse en su casa y apoderarse del dinero que acababa ella de cobrar. Por la noche, descerrajó la puerta y penetró en la casa. La primera en oírlo fué la hermana menor, la casada, la cual empezó a gritar. Stepan la mató. Despertóse el cuñado y arrojóse sobre el ladrón, asiéndolo por el cuello y luchando largo rato con él. Pero Stepan podía más. Emocionado y excitado por la lucha, pasó al otro cuarto, después de desprenderse del cuñado. Allí dormía María. Sentada en el lecho, miraba

a Stepan, con ojos de espanto, cariñosos, y se persignaba.

De nuevo su mirada turbó a Stepan, el cual bajó la vista.

—¿En dónde está el dinero?—preguntó éste sin mirarla.

María no contestó.

—¿En dónde está el dinero?—repitió Stepan, enseñando la navaja.

—¿Qué haces? ¿Se puede hacer eso?—exclamó María.

—Bien se ve que puede hacerse.

Acercósele Stepan, dispuesto a cogerla del brazo para que no le molestara ella. Pero María no levantó los brazos, no se resistió; limitóse a estrechar las manos contra el pecho, suspirando profundamente y repitiendo:

—¡Oh! ¡Qué pecado tan grande! ¡Qué haces! ¡Apiádate de tí mismo! ¡Peor aún que perder las almas de los otros es perder la tuya! ¡Oh!...

No pudiendo sufrir más tiempo esa voz, dióle Stepan una puñalada en la garganta.

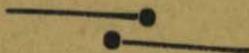
—¡No tengo tiempo de escuchar tus sermones!

María volvió a caer contra la almohada, agonizante, y la inundó de sangre.

Stepan volvióse y fué al cuarto, en donde se apoderó de cuanto le convenía. Hecho esto, encendió un cigarrillo,

permaneció sentado un rato, limpióse la ropa y se marchó.

Creía que ese crimen sería para él como los otros; pero, antes de llegar a una posada, sintió de repente tanta fatiga, que no podía mover un solo miembro. Acostóse en una zanja y allí permaneció toda la noche y todo el día y la noche siguiente.



SEGUNDA PARTE

6 • EL CUPÓN FALSO